

¿Pero cómo explicar que la Asamblea no había sido durante algunas horas prisionera y que él no había sido rey?

Marat, por otra parte, á pesar de su poderosa fuerza en la prensa popular no tenía opinión más que en París. No había más que una fuerza organizada, la sociedad jacobina, que conducía de nuevo á Robespierre que parecía el hombre fatal, la amenaza del porvenir.

Esto indignaba precisamente á la mayor parte de la Montaña.

Por temperamento, por instinto, por naturaleza era contraria á Robespierre mucho más que á Danton y á Marat. El temperamento dantonista, el genio de Diderot en su ditirambo la *Orgía de la Libertad* fué más común en la Montaña. Aborrecía toda pedagogía. Lo mismo temía caer en la volubilidad pedantesca y fastuosa de Brissot que bajo la fécula del implacable Robespierre. Detestaba á la Gironda porque vió en ella el peligro de la República, su disolución, pero no profesaba menos horror á la Revolución desbordante, arrolladora, fecunda en ideales y abundante en sentimientos, pero sacrificando jóvenes llenos de vigor y de esperanza por la disciplina y la unidad de la organización.

¿Eran los Jacobinos la Revolución? No, ellos contenían á la Montaña.

Sin hablar de los montañeses neutrales, Barere, Gregoire y otros, los montañeses dantonistas, hombres de ideal, de pasión, Desmoulins, Fabre de Eglantine, Legendre, Thuriot, tuviesen ó no el diploma jacobino, eran contrarios al espíritu de la sociedad jacobina.

Lo mismo debe decirse de otros muchos montañeses ilustres por sus especialidades (militar, financiera, administrativa) Cambon, Carnot, Prieur, Lindet que eran muy poco amigos de los Jacobinos y jamás pusieron en esta sociedad los pies. En los dos sentidos como pasión, como sentimiento, la Montaña era superior á los Jacobinos. Pero la Montaña está lejos de poseer el espíritu de la Revolución.

Al día siguiente del 2 de Junio comienzan á descubrirse nuevos horizontes, luminosos, inmensos. La Revolución era grande; parecía infinita. «Más allá de Marat—dijo Desmoulins—hay que decir lo que los antiguos geógrafos en sus mapas acerca de los países no visitados: *región incógnita*.»

Y esta *región incógnita* comenzaba á aparecer.

Por Lion desaparece el misticismo revolucionario de Chalier.

Hacia el Norte en Picardía se señala Babeut que en el 92 y 93 fué tan maltratado por los montañeses.

En el centro surge un mundo bajo nuestros pies, la tentativa de una nueva religión que dará á la Revolución su órgano universal, la Razón.

¿Quién es este órgano? París. París desborda, lo invade la Francia y señala un camino nuevo al linaje humano.

¿Qué hará ante todas estas cosas la sociedad jacobina? Negarlas, no hablar de ellas, no bastará para matarlas.

¿Podrá subsistir la revolución política sin las revoluciones religiosa y social?

¿Vivirá la revolución clásica soñada por Rousseau en la sombría sala de la calle de Saint-Honoré sin tener en cuenta la otra, la revolución romántica que surge confusa como una voz del Occéano?

Sin explicarse bien todo esto la Montaña por instinto sabía que dejar la Revolución en las manos jacobinas era como dejarla sin savia, sin vida. He aquí por qué la Montaña, durante tres meses, corriendo el riesgo de perderlo todo retrocedió con una especie de terror ante la necesidad de crear un gobierno. No había más que uno posible, el jacobino. Estimaba la Montaña á los Jacobinos, á Robespierre y temblaba ante la fatal pendiente que lo arrastraba todo hacia á ellos. Pensaba que deseaban el poder. Yo no lo creo. Querían nada más la autoridad.

Robespierre tenía el espíritu de cura, ambicionaba la dominación de las almas.

La Convención equivocada, ignorando este carácter, creyó que no tenía un momento que perder y le cerró las puertas del poder.

Un montañés moderado, Cambaceres, quien dos veces había expresado el pensamiento de Danton y el de Asamblea, formuló la siguiente breve proposición que fué aceptada:

«Que cambie la Asamblea sus comités *menos* el de Salud pública.»

Lo cual quiere decir:

1.º La Asamblea será el poder ejecutivo. Abre á los montañeses los comités desempeñados por la Gironda.

2.º No entrega el gobierno al hombre que cubre la insurrección con su autoridad.

3.º Este comité que protestó casi unicamente contra el 31 de Mayo y el 2 de Junio merece ser defendido por haber defendido él la ley.

Esta proposición calmó á los departamentos conformes con las palabras de los conciliadores Danton, Cambon, Barere y Lindet.

Durante los días 3 y 4 se aprobaron otros tres importantes decretos:

Comienzo de los trabajos, para la formación del Código civil por una comisión especial de legislación.

La instrucción nacional, basada sobre excelentes libros elementales.

La división de los bienes comunales, ordenada en Agosto del 92 por la Legislativa y reglamentada por la Convención. Todo habitante, hombre, mujer, niño, los ausentes y los presentes, todos tienen derecho á una parte.

Si en la Comuna lo acuerda así el tercio de los votos se realiza la división.

Hábiles medidas, pero entretanto, queda una cuestión á resolver. ¿Cómo se hace un gobierno?

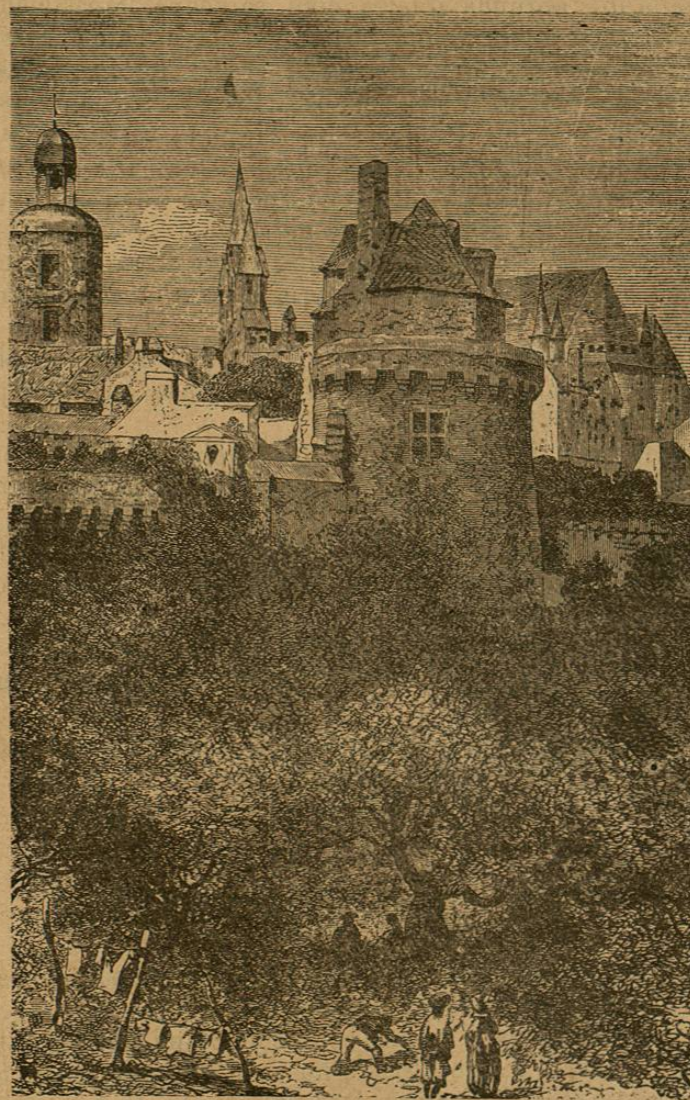
La Convención aplazó este asunto.
No se ocupa más que de la reconciliación de la Francia. Juzgó que



PACHE, alcalde de Paris.

ante todo era necesario persuadir de buena fe á los girondinos, haciéndoles ver su error. Se decía que la Montaña quería restablecer la monarquía. «Presentémosles para contestarles una Constitución fuertemente republicana, sólidamente democrática. Hasta entonces nada hay posible.

Es preciso explorar la Francia, darla su unidad. Unida puede desafiar al mundo.»



Vista general de Vannes.

¿Esperará el enemigo? Esto era dudoso.
Sea lo que fuere, la Asamblea y su comité de Salud pública no hicieron nada serio más que para la Francia.
A resolver la cuestión interior fué sin hacer caso del mundo.

¡Sorprendente espectáculo! Unos le admiran y otros se ríen. Un pueblo sitiado por todas partes, mordido en el corazón por la Vendée, con quinientas mil espadas apuntándose á la garganta en el momento en que estalla una segunda guerra civil, se ocupa impasiblemente en una idea abstracta, de forma inaplicable y de leyes para el porvenir.

«Se ha retirado el ejército del Rhin, el del Norte se ha desorganizado, el austriaco está en Valenciennes... Preparemos la Constitución. Han sido franqueados los Pirineos; los Alpes lo serán también, Lion hace señales á los piamonteses. ¡Elevemos aun más alta la bandera, la Constitución! Pero ¿y si llegan los vendeanos? Ya están en Saumur...— Con la Constitución los esperaremos á pie firme.»

¿Quién negará á este siglo el nombre que le puso un alemán ilustre: *el imperio del espíritu*, viéndole terminar con un acto asombroso de fe en el ideal?

La Constitución del 93, como el mundo, fué hecha en seis días. Presentada el 1.º y aprobada después, fué aceptada en Julio por toda Francia, salvo raras excepciones.

Era desde luego inaguantable, pero se creía que esta poderosa fórmula por una especie de virtud mágica produciría excelente resultado.

El pueblo parisién, sección por sección, acudía con música á la Asamblea cantando himnos, arrojando flores como los israelitas que cantaban y danzaban ante el Arca.

Lo más asombroso es que el enemigo no se aprovechó de esta absorción de la Francia, ocupada únicamente en ella misma, en su disputa interior, en su reconciliación.

Tres meses estuvo así sin gobierno ni defensa, al examen de una idea, firme en su fe eclesiástica, sin oponer nada á los peligros, á la voz del mundo, más que la fórmula abstracta de la democracia.

AUSENCIA DE TODO GOBIERNO

Las medidas revolucionarias que la Gironda impedía no se formaron hasta tres meses después de su expulsión.

Penosamente existía el primer comité de Salud pública. El segundo comenzó su vida el 1.º de Agosto, no se agitó más que en Septiembre y se completó en Noviembre. Durante mucho tiempo permaneció inactivo.

Nuestra situación militar fué empeorando hasta el fin de Agosto.

El 2 de Agosto ofreció un espectáculo sorprendente, una victoria sin vencedor.

¿Dónde estaba la fuerza?

No residía en la Convención que dictaba leyes para la Francia, pero que no osó dar una orden al general Henriot.

No residía en Robespierre, quien el día 2 se vió casi solo rodeado nada más que de treinta fieles á él, cuando casi toda la Asamblea abandonó la sala. ¿Residía en la Comuna? Creíase generalmente, aun la Montaña misma.

La noche del 3 encontraron los montañeses en la sociedad jacobina á un comunista y le dijeron amargamente: «¿Ahora, pues, sois vosotros los reyes?»

Era visible que la Comuna seguía arrastrada la marcha del comité de insurrección.

¿Estaba pues la fuerza en este comité? Componíase de nueve jóvenes desconocidos entonces, Rousselin, Auvray, etc. ¿Estos reyes imberbes eran reconocidos y obedecidos como los verdaderos vencedores del 2 de Junio? Se juzgará á su debido tiempo.

Recordemos el estado de las autoridades regulares de la capital. Observábase en ellas honda división de espíritu; no se sentaban ni discutían unidas. Sin hablar del Departamento que tomaba asiento en la plaza de Vendome, sin hablar del alcalde Pache que tomaba asiento en la Policía, la Comuna propiamente dicha sentábase en el hotel de Ville, en Consejo general, es decir, Chaumette, su procurador y su sustituto Hebert. Bajo su aparente unión, perfectamente disimulada, era difícil averiguar sus disidencias. Hebert marchó al Obispado la noche del 31 de Mayo en que la campana tocó á somatén. Y Chaumette, oyéndola desde el Hotel de Ville, se puso á llorar: «Hemos preparado—dijo entristecido—la contrarrevolución.» Chaumette trató de impedir que se disparase el cañón de alarma.

He aquí la antigua Comuna, moderada relativamente y que no inspiraba confianza á los hombres de la insurrección, á los agitadores del Obispado. Este no perdonó nunca á su presidente el pacto que hizo con la Comuna y el haber tomado asiento entre Pache y Chaumette. Se ha visto la Comuna como descarta al Obispado y reconoce por *Comité central revolucionario* á los Nueve, de que hablábamos antes, nombrados por las autoridades del Departamento en la sala y bajo la influencia jacobina.

Pero ¿por qué se eligió á desconocidos? Sin duda, creyeron los Jacobinos que no convenía á ningún jacobino significado por temer al *Comité* y dejaron estos sitios á jóvenes inconstantes, dispuestos á violar la Asamblea. No quisieron comprometer directamente á la sociedad jacobina, amiga del orden y guardadora de las leyes.

Resultaba de todo esto un caso curioso y es que, habiendo sido descartados los Cordeleros, oscurecidos los Jacobinos, destruída la Convención y dominada la Comuna, se perdió el principio de autoridad. Es decir, la autoridad no existía de hecho en ninguna parte.

¿Había vuelto al pueblo, su cuua natural? No. Las secciones estaban mudas, inmóviles. Sus comités revolucionarios las habían dominado, subyugado.